

La resurrección, sello y clave de la nueva alianza

Domingo de Resurrección
15 de abril de 1979

Hechos 10, 34a.37-43
Colosenses 3, 1-4
Juan 20, 1-19

¡Felices Pascuas! Este es el día del triunfo del Señor. La larga peregrinación de la Cuaresma termina en esta cumbre de gloria. Y durante la Cuaresma, recorrimos también la historia de la alianza entre Dios y los hombres. Todo ese afán de Dios por ganarse el amor de los hombres, toda esa respuesta del hombre siempre rechazando a Dios, esa porfía del amor eterno del Señor ha vencido. Y, hoy, la Pascua es la fiesta que da sentido, explicación a toda esa lucha de Dios en el amor. Por eso, en la misma celebración litúrgica, la Pascua ocupa un lugar principal; de tal manera que podemos decir que todas las celebraciones del año no tienen sentido si no entendemos un poquito el misterio paschal que estamos celebrando.

Por eso, más que una explicación, que una exhortación, que una catequesis, mi homilía de esta mañana quisiera ser, ante todo, un testimonio de fe que, junto con todo mi querido pueblo, le dijera al Señor: “Creo en el Cristo resucitado”. Quiere ser mi palabra, esta mañana, el anuncio gozoso que constituía como el núcleo de la predicación de los apóstoles: “¡Cristo ha resucitado! ¡Esta es la gran noticia!”. Y quisiera ser mi palabra también, más que todo, una invitación a la acción de gracias, a

celebrar este domingo la verdadera eucaristía. Toda la humanidad de rodillas ante el Dios que nos amó hasta darnos a su Hijo clavado en una cruz, pero que lo ha resucitado. Y que en el triunfo del crucificado está toda la esperanza de la humanidad.

Pero las tres lecturas que acabamos de escuchar no solo son testimonio, anuncio e invitación a la gratitud, sino que nos invitan a la reflexión de este gran acontecimiento. Y si yo quisiera encontrar un resumen de todas esas lecturas y de toda esta celebración, le pusiera este título a mi predicación de esta mañana: *La resurrección, sello y clave de la nueva alianza*. Y voy a desarrollar este pensamiento, como de costumbre, en tres ideas. La primera es: la resurrección, clave de toda la revelación de Dios; segundo, la Iglesia depositaria y testigo de la resurrección del Señor; y tercero, una palabra que llama a nuestra propia responsabilidad y honor: los bautizados, nosotros, participantes del mismo Espíritu que resucitó a Jesús.

La resurrección, clave de toda la revelación de Dios

En primer lugar, yo les invito, queridos hermanos, a que adoremos esta resurrección como clave de toda la revelación del Señor. Al terminar el Evangelio, San Juan, con una franqueza maravillosa, nos dice que después de haber corrido él, como más joven que Pedro, al sepulcro, con respeto dejó que el anciano, el mayor, entrara, reflexionara; y él también reflexionó en aquellos lienzos abandonados por un cadáver que ya es vida eterna; y entonces, dice el Evangelio esta frase reveladora: “Vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido las Escrituras: que Él había de resucitar de entre los muertos”.

Jn 20, 8-9

Es que, mientras no resucitó Cristo, había en la mente de los discípulos como la ausencia de una clave. No se podía explicar la conducta, la doctrina, los milagros, todas las maravillas del Redentor, si no hubiera sucedido la resurrección. Todo es un misterio en Cristo mientras no llega lo que Él estaba anunciando continuamente: “Ya llega mi hora”. ¿Por qué lo dirá? “El Hijo del hombre será entregado, lo van a ultrajar y lo van a crucificar, y al tercer día resucitará”. Pero eran palabras. No comprendían cómo un Hijo de Dios, hecho hombre, tuviera que ser tan humillado. Había muchas crisis en la fe de los discípulos mientras no sucedió esta gran manifestación.

Jn 17,1
Mc 9, 31-32

En la segunda lectura de hoy, encontramos todo el relato de una vida de Jesús. Pedro, hablándole al centurión y a un grupo de gentiles, les cuenta cómo ellos, los apóstoles, vieron a este Jesús: “Ungido por Dios en la fuerza del Espíritu, pasó haciendo el bien, curando a oprimidos, porque Dios estaba con Él. Nosotros somos testigos”. Era una vida maravillosa la que habían vivido con el Señor, pero había una ausencia. ¿Cuál es el desenlace de todo esto? Toda la Escritura... Nos dice el Concilio Vaticano II que es en Cristo donde encuentra su clave todo el Viejo Testamento y todo cuanto de Cristo se ha escrito y se ha dicho. Solo cuando Cristo resucita, la Escritura se ilumina y se ve el gran misterio de Dios que culmina en la resurrección de su Hijo; toda la obra, incluso de la misma creación.

Hch 10, 38-39

DV 4

La recapitulación de todas las cosas en Cristo. ¿Por qué formó Dios un pueblo en el Antiguo Testamento? ¿Por qué Dios creó y vio que todo era bueno? ¿Por qué hizo un pacto con Noé prometiéndole que la naturaleza iba a conservarse siempre? ¿Por qué, de un anciano como Abraham, saca un pueblo milagrosamente numeroso como las estrellas del cielo y las arenas del mar? ¿Por qué se preocupa Dios de un pueblo cautivo en Egipto y lo libra del azote de sus capataces y lo conduce por el desierto, entre milagros, a una tierra prometida? ¿Qué sentido tiene el lenguaje de los profetas? ¿Qué quiere decir el Siervo de Yahvé, que es un hijo de Dios que viene no solo en gloria y majestad, sino que será humillado, que dará sus espaldas a los azotes, que será escupido y humillado? ¿Quién entiende todo esto?

Era necesario que la misma naturaleza quedara asombrada el Viernes Santo y, más todavía, en la noche del sábado para resucitar, para que todo eso, el sentido del pueblo predilecto de Dios, el sentido de una naturaleza tan bella creada para los hombres refulgiera en el esplendor de la gracia. Si hoy gime bajo el peso de las injusticias, de los abusos de los pecadores, no es ese el destino que Dios ha dado a las cosas. Los hombres no hacemos más que hacer enigmas. Y hacemos más enigmática la creación cuando la sometemos al pecado del egoísmo, de la avaricia, de la injusticia. Es necesaria una redención. Solo a la luz de Cristo que muere... Y aún entonces, el misterio se torna más oscuro cuando Cristo queda muerto en la cruz. ¡Así terminan los justos! ¿Vale la pena ser bueno para acabar crucificado? ¿Es necesario ser tan pasivo, que no se tenga la fuerza de la violencia

para derribar todas las injusticias del mundo con las fuerzas de las armas? ¿No podía Dios mandar un ejército de ángeles y acabar con todos los perseguidores de Jesús y de su Iglesia? Esta es la mente mezquina de los hombres. Los que quieren arreglar la situación del mundo a fuerza de violencia debían de reflexionar, como Juan, en la tumba de Cristo resucitado y, ahora, comprender. Ahora, cuando ha resucitado; ahora, cuando todos los enemigos huyen despavoridos; ahora, cuando los que quisieron callar la voz de la resurrección diciendo: “Vamos a decir que mientras ustedes dormían, se lo robaron”; pero ¿quién puede tapar el sol con un dedo? La resurrección es un sol que ya refulge y nadie puede ya acallar la humillante situación de todos los enemigos del Señor.

Mt 27, 64

Solo a la luz de la resurrección y del triunfo del humillado, del torturado, del oprimido, de Cristo, hecho obediente hasta la cruz, pero ahora recibiendo de Dios “un Nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos”. Esta es la glorificación que explica el misterio del dolor. Esta es la gloria que da el sentido a todos los dolores de la humanidad. Este es el sentido de la Pascua: Cristo resucitado, principio de una nueva creación. Ahora comprendemos que poner en Cristo resucitado toda nuestra esperanza, aun cuando sea desde un callejón sin salida, es aferrarse al Poderoso, al que me sacará a flote de toda situación.

Flp 2, 9-10

Él le da un sentido escatológico a los valores de la vida. Nos ha escrito hoy San Pablo, comentando la resurrección del Señor, que “si hemos resucitado con Cristo, busquemos las cosas de arriba”. No quiere decir una alienación de las cosas de la tierra. Quiere decir, mirar los quehaceres de la tierra desde las perspectivas de arriba; quiere decir, trabajar las mismas liberaciones y reivindicaciones de la tierra. No las vamos a lograr con violencias ni con armas; las vamos a lograr con las perspectivas del triunfo de Cristo.

Col 3, 1

Por eso, el gran servicio... Lo he escrito en mi carta pastoral de la relación entre la Iglesia y las organizaciones políticas populares: la Iglesia no se puede identificar con ninguna lucha armada. La Iglesia no provoca nunca la violencia. La Iglesia no es guerrilla ni grupo para buscar unas liberaciones inmediatistas de política, de sociología o de economía. Todo eso lo comprende la Iglesia y anima a los hombres con vocación política a que se

organicen y que trabajen por una liberación justa en la tierra. Pero ella no se quedará con liberaciones de la tierra; ella dirá: *plus ultra*, “más allá” está la liberación verdadera. La liberación que Cristo trajo es aquella que mira hacia los bienes de arriba. Y desde los bienes de arriba, desde la eternidad, desde la liberación profunda del pecado que Cristo realizó en la cruz, desde allí se realizarán las verdaderas libertades del mundo.

No puede haber libertad mientras haya pecado en el corazón. ¿De qué sirve cambio de estructuras? ¿De qué sirven violencias y fuerzas armadas si se hace con odio y se hace únicamente por mantener poderes o por apoderarse para luego convertirse en tiranos también, nuevas tiranías? Lo que buscamos en Cristo es la verdadera libertad, la que transforma el corazón, la que nos dice hoy con Cristo resucitado: “Buscad los criterios de arriba”. Mirad la libertad de la tierra, las opresiones de esta situación injusta en El Salvador, no únicamente de tejas abajo, mirad hacia arriba, no para hacerse conformista, porque el cristiano sabe luchar también, sino porque sabe que su lucha es todavía más fuerte, más valiente cuando se inspira en este Cristo que supo dar más que la otra mejilla y dejarse clavar; pero desde la crucifixión obediente, haber redimido al mundo y cantar la victoria definitiva, la que no le pueden usar para otros fines quienes no buscan, como Él, la verdadera liberación de los hombres.

Col 3, 1

Esta es la liberación que no se comprende sin el Cristo resucitado. Cómo quisiera yo, queridos hermanos, sobre todo ustedes que tienen tanta sensibilidad social, ustedes que no toleran esta situación injusta de nuestra patria, está bien, Dios les ha dado ese sentido de sensibilidad y, si tienen vocación política, ¡bendito sea Dios!, cultívenla también; pero miren, no pierdan esa vocación, no pierdan esa sensibilidad política y social únicamente con odios, con venganzas, con violencias de la tierra. Elévense, arriba los corazones, miren las cosas de arriba.

El gran iluminador, el gran inspirador de todas las liberaciones de la tierra no tiene que ser un hombre ni una ideología, mucho menos atea, sin Dios, sin Cristo. El gran inspirador de la liberación de nuestra patria y de los hombres es el único liberador: Cristo, el resucitado; Cristo, el que esta mañana canta la verdadera victoria sobre todas las opresiones de la tierra; Cristo, que ahora, colocado en la gloria del Padre, puede desafiar los poderes de Poncio Pilato y del imperio romano, el fanatismo de

los dirigentes espirituales de Israel, de sacerdotes y de una religión que había pervertido su sentido. Cristo, desde su resurrección, desafía a todos los liberadores de la tierra y les dice: “¡Ustedes no van a liberar! Solo esta es la liberación que persiste, la que arranca las cadenas del corazón del hombre, que es el pecado, el egoísmo”. Aquel que ha roto las rejas de la muerte y del infierno, aquel que ha dejado el sepulcro vacío y que invita a todos los hombres a morir contentos para que, a la hora de la resurrección universal, ellos también puedan desafiar a las tumbas de nuestros cementerios: “Muerte, ¿dónde está tu victoria?”.

1 Cor 15, 55

Todo lo demás muere, todo lo demás es pecado, todo lo demás es odio y violencia, todo lo demás es sangre y asesinato y secuestro. Todo eso no es liberación. Todo eso está sepultado entre las cosas viejas que Cristo deja para darnos la novedad de la verdadera vida, que solamente la puede vivir el verdadero cristiano. Ojalá los fanáticos de la violencia y el terrorismo; ojalá los que creen que con la represión y la fuerza se van a arreglar las cosas aprendieran que no son esos los caminos del Señor, sino estos: los humildes caminos de Cristo por la obediencia a la ley del Señor, por el respeto y el amor, y el que ahora entrega a los hombres la verdadera liberación para el que la quiera aprovechar. Cristo, pues, es la clave de la revelación de Dios.

La Iglesia, depositaria y testigo de la resurrección del Señor

El segundo pensamiento de esta Pascua es, con agradecimiento inmenso, como miembros de una Iglesia fundada por Cristo, decirles que la Iglesia es la depositaria y el testigo de la resurrección del Señor. San Pedro, que por primera vez se enfrenta con un grupo de gentiles —y él va a ser testigo de cómo Dios no tiene aceptación de personas, que ya la religión no pertenece solo a la alianza con Abraham, solo al pueblo de Israel, que Cristo resucitado ha roto también las barreras que separan a los hombres, y que el bautismo, que da la redención cristiana, se le puede dar también a unos romanos, a unos paganos—, les dice en el precioso sermón que hoy hemos escuchado: “Nosotros somos testigos de todo lo que Jesús ha hecho y nos encargó predicar al pueblo dando solemne testimonio de que Dios ha nombrado a Cristo juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que los que

Hch 10, 39.42-43

creen en Él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados”. En otras palabras, este Cristo, que con su resurrección ha recibido del Padre la herencia prometida en tantas alianzas del Viejo Testamento, hasta hacerse realidad en el Cristo que nos trajo la vida eterna, funda una Iglesia sobre la base de un testimonio: unos hombres que sean testigos de la resurrección.

Pedro y Juan han corrido al sepulcro y han visto el sepulcro vacío. Pero más que el sepulcro vacío, que a Magdalena tampoco le dijo nada, a ellos, inspirados por el Espíritu Santo, les asegura la fe en el resucitado: ¡Cristo vive! ¡Cristo no es un muerto! ¡Cristo es el juez viviente de vivos y de muertos! ¡Cristo es el perdonador de todos los pecados de los hombres! La resurrección ha ratificado, ha puesto la firma de Dios al poder de Cristo para perdonar al hombre que se arrepiente de sus culpas. “Somos testigos de todo esto”. Y los apóstoles empalman con los profetas. Ahora se entiende por qué Jeremías, por qué Isaías, por qué los profetas de la antigua ley mantuvieron esta esperanza, que en los apóstoles ya no es esperanza, sino realidad para repartir al pueblo que cree en Jesucristo.

Hch 10, 39

Es la Iglesia la institución que Cristo ha fundado para repartir oficialmente los dones de su redención. Por eso, es feliz pertenecer a este tiempo último de la Iglesia, cuando Pablo VI, el sínodo de los obispos llegados de todo el mundo, los obispos de Latinoamérica reuniéndose en Puebla, Juan Pablo dejando Roma para peregrinar por América Latina y anunciar esta misma noticia. Es decir, la Iglesia de hoy, consecuente con la Iglesia que recibió directamente de Cristo, la Iglesia de Pedro, de Juan, de Pablo, de los primeros apóstoles, de las primeras comunidades, que se ha leído hoy en la primera lectura, la Iglesia de aquellos hombres es la misma de ustedes, la mía, la de 1979; se preocupa de cómo hacer llegar esta evangelización en el presente y en el futuro de América Latina.

¿Cómo hacer para que los hombres no solo escuchen la palabra de Dios, sino que con signos sacramentales, que son el bautismo, la confesión, la eucaristía, el matrimonio bendecido por Dios, la ordenación sacerdotal; es decir, los siete sacramentos, expresiones de las relaciones de alianza entre el pueblo y Dios; recibiendo el perdón, la gracia, la vida que Cristo trajo y que nos dio con el precio tremendo de su cruz? Todo esto es la evangelización. Nunca como ahora, queridos hermanos, católi-

cos de 1979, la Iglesia había tomado una conciencia tan clara de su misión de evangelizar. Nunca se había comprendido una evangelización tan plena que abarque la predicación de la palabra, el anuncio de la buena nueva de que Cristo ha traído el reino de Dios a la tierra; y empalmarlo con la respuesta del hombre que se confiesa, que se casa por la Iglesia, que se bautiza, que se confirma.

Los sacramentos son indispensables para manifestarle a Cristo que se acepta la alianza. Los sacramentos, como la palabra, son la corriente que se establece entre la alianza de Dios y los hombres. No se puede ser católico verdadero si no se reciben los sacramentos. Ni se pueden recibir bien los sacramentos si no se atiende a la palabra de Dios. De allí, la necesidad que nuestros párrocos, gracias a Dios, van comprendiendo de no dar sacramentos sin evangelización, de no dar bautismos sin las charlas presacramentales, de no administrar la confirmación en montones de niños que ni cuenta se dan, de preparar al que se va a casar, de preparar al que va a recibir la confesión y la comunión.

La palabra de Dios es necesaria para entender esta clave que, luego, en el sacramento se comprenderá; como cuando se ha aprendido el idioma, solo entonces se entiende lo que dice alguien. Cuando no se entiende un idioma, por más bonito que me hablen, yo no lo entiendo. Y eso resulta también con los sacramentos, es el idioma de los signos. Pero el que no lo ha entendido, no lo ha aprendido; el que no ha aprendido qué significa el agua que se le echa al niño para el bautismo, el que no ha aprendido qué significa la mano del obispo ungiendo con aceite santo la frente del que se confirma, el que no ha estudiado qué significa la mano del sacerdote que en el confesionario dice: “Yo te absuelvo de tus pecados”, es como alguien que está oyendo un lenguaje, un idioma que él no entiende. Compréndonos, queridos hermanos, que la Iglesia actual, consciente de su responsabilidad de dar esta redención, quiere comenzar por hablar con los hombres el lenguaje común que Cristo le enseñó, para que el hombre lo aprenda y se haga solidario, se haga miembro de la alianza con el Señor.

Pero esta Iglesia, que ha recibido este encargo de los dones de la resurrección para repartirlos, no posee en exclusiva esta potestad. Tengamos el corazón muy amplio para decir como el Concilio Vaticano II: “Fuera de la Iglesia hay muchos elementos

de verdad y de gracia que pertenecen a Cristo redentor. Y que los hombres que viven fuera de la Iglesia, de buena voluntad porque no han conocido la verdad de nuestra Iglesia, se salvarán”. Y quién sabe, hermanos católicos, quién sabe si se salvarán con más méritos que nosotros que poseemos la plenitud de los medios. Ser católico no es mérito nuestro, es gracia del Señor. Tener fe es un don de Dios.

Podíamos decir como Cristo: “¡Cuántos desearon ver el día del Señor y no lo vieron!”. ¡Cuántos paganos amarían mucho más a Jesucristo, respetarían mucho más la Iglesia, obedecerían mucho mejor a sus pastores si fueran católicos, que no muchos de nuestros católicos que creen que tienen un derecho de propiedad, como lo tienen sobre sus fincas, también sobre la Iglesia! La Iglesia no es propiedad de nadie. Es de Dios y la da al que Él quiere y la puede quitar también a los que la desprecian. ¡Cuántos hay que dentro de la Iglesia católica ya no son católicos! “Pertenecen al cuerpo de la Iglesia —dice el Concilio—, pero ya no al corazón”. En cambio, cuántos que están fuera de la Iglesia no pertenecen al cuerpo pero sí al corazón”.

Mt 13, 17

LG 14

Comprendamos bien esta gran verdad de la redención del Cristo resucitado que desborda los límites de la Iglesia, para que no nos creamos nosotros, los católicos, como que tenemos el monopolio de Jesucristo, el monopolio del Espíritu Santo. Cristo y el Espíritu no se dejan monopolizar. Ellos no se dejan amoldar. Ellos traspasan y buscan los corazones generosos, como dice la preciosa oración de la misa: “Tendiste la mano a todo el que te busca con sincero corazón”¹. ¡Qué consuelo! Es cuestión de corazón. ¿Quién se salvará? El que busca a Cristo con sincero corazón. No solo venir a misa y pertenecer a la Iglesia; no dejarse bautizar, a veces, sin entender lo que es el bautismo; no gloriarse de pertenecer a una Iglesia y ser amigo de tal obispo y de tal sacerdote. Eso no salva. Salva el que busca a Cristo con sincero corazón. Esta es la Iglesia, depositaria y testigo.

Pero, por eso, quiero decirles, hermanos, ustedes y yo, que hemos tenido la dicha de conocer la verdadera Iglesia de Jesucristo, seamos responsables de esta gracia que el Señor nos ha hecho y seamos testigos de la resurrección como los apóstoles, a donde quiera que iban no podían callar esta gran noticia: “Cristo

¹ *Misal Romano*, Plegaria eucarística IV.

ha resucitado para perdón de los pecados, conviértanse”. ¡Qué hermoso será el día en que todos los obispos y sacerdotes, y religiosos y religiosas, y todos ustedes, los laicos, en el matrimonio, en la profesión, en la vida del jornal, en el taller, donde quiera que se encuentren, bautizado, das testimonio, como lo daban los primeros cristianos, de esta fe en el Cristo resucitado!

Los cristianos, participantes del mismo Espíritu que resucitó a Cristo

Ya estoy llegando a mi tercer pensamiento: los cristianos, participantes del mismo Espíritu que resucitó a Cristo. ¡Qué honor! El Espíritu Santo, que condujo a Cristo y le dio valor divino a su muerte en la cruz y que fue la potencia de Dios que lo resucita de entre los muertos, es el Espíritu que se da por el bautismo a todos los que formamos su cuerpo místico, los que formamos su pueblo. Ese Espíritu —dice San Pablo—, aunque ahora parece invisible y caminamos a envejecernos, a enfermarnos, a morir, a ser sepultados; sin embargo —dice San Pablo—, lleváis el germen de la resurrección y la última enemiga en ser vencida será la muerte. Y un día se abrirán las tumbas de los cementerios y la muerte, atónita —como aquel cuadro genial de Miguel Ángel en el juicio final, que con una calavera ha logrado dar una expresión de asombro: la muerte, calavera, asombrada— al mirar que se le escapan todos los muertos. Es el grito del Evangelio que grita: “¡Oh muerte!, ¿dónde está tu victoria?”.

1 Cor 15, 55

Cristo resucitado es la primicia. El primer viviente que no morirá más. Pero como Él, también nosotros, que poseemos su Espíritu, aunque muramos, aunque suframos, llevamos los gérmenes de la vida eterna: “El que cree en mí, no morirá para siempre”, ha dicho Cristo; lleva el Espíritu que resucitó a Jesús.

Jn 11, 25-26

Pero ese Espíritu que resucitó a Jesús ya es fuerza y santidad en la tierra. Siempre que les he predicado de “escatología”, les he dicho, queridos hermanos, que la escatología es lo último, como la última perspectiva de la historia; pero que no hay que esperar a que se termine la historia para tener esa perspectiva escatológica. Es como el que mira, desde la mitad del camino, la meta hacia donde se dirige; ya la tiene en su mente y, gracias a esa meta escatológica, lo último, va caminando con esperanza y con confianza, porque sabe a dónde lleva este camino. Eso ha hecho

Cristo resucitado: poner en el vaivén de la historia, entre las cosas transitorias que van y vienen, lo eterno de su vida. Su vida de resucitado, que no morirá más, pertenece a este mundo y ¡dichosos los hombres que saben dar a su vida un sentido escatológico! Es decir, mirar en Cristo resucitado la meta hacia donde camino. Con mis pobreza, con mis tribulaciones, con mis ansias de liberación, aferrado a este Cristo no puedo fallar. Cristo le da fuerza, le da espíritu a esta lucha por un mundo mejor.

Por eso vuelvo a repetir: no les quitemos la energía del cristianismo a los cristianos cuando los logramos incorporar a movimientos liberacionistas que no creen en Cristo ni en Dios. Cristianos, no se dejen engañar. Cristianos, ustedes poseen una fuerza mucho más vigorosa que cualquier grupo político, cualquier organización que solo admira las cosas de la tierra; si mira también las de Cristo y, desde Cristo, toma su fuerza, entonces la política, la sociología, la economía también recobran fuerza cristiana. Pero la Iglesia, que no se identifica con ninguna de esas fuerzas, inspira estas fuerzas y les dice a los hombres: “Luchen, pero sin perder la perspectiva que yo les señalo”.

Por eso, no me identifico con nadie de ustedes, porque quiero mantenerme libre en señalar esta escatología que siempre encontrará mucho que criticar en los proyectos de los hombres. Porque el gran proyecto de Cristo no se realiza en esta tierra; es el reino de Dios que ya ilumina, sí, los reinos de la tierra gracias a los cristianos que llevan el Espíritu de Cristo y que trabajan como cristianos. Por eso, yo diría, permítanme esta sugerencia: aquellos cristianos, aquellos que pertenecen a comunidades eclesiales de base, si llega un momento en que creen que ya no vale la pena leer la Biblia ni pertenecer al grupo de la comunidad, sino meterse a una organización porque si no, no se trabaja por la patria, están muy engañados. O mejor dicho, han confundido. No confundan, la Iglesia siempre les señalará una meta válida en cualquier organización, en lo justo; así como rechazará también todo lo injusto, lo criminal, lo malo.

Y les digo a los cristianos: ¿Por qué tan poca inventiva, cristianos? ¿Por qué, poseyendo el proyecto del reino de los cielos, con la fe en Cristo rey y resucitado, se hacen esclavos de ideologías de la tierra? ¿Por qué creen que lo cristiano vale menos que lo político? ¿Por qué no tienen ustedes la audacia de dar un sentido cristiano también a la organización donde ustedes per-

tenecen? ¿Por qué han de ser esclavos de los otros? ¿Por qué han de perder ustedes el liderazgo que Cristo lleva por delante? ¿Por qué han de someterse a los yugos? ¡No se humillen! ¡Dicen que son liberadores y son esclavos! ¿Dicen que trabajan por reivindicaciones y se dejan ustedes subyugar? El cristiano es el más rebelde que existe porque no se somete a ninguna ideología de la tierra, porque posee la gran libertad del liberador Jesucristo.

EN 38 Cristianos, en esta hora de nuestra patria, se necesitan muchos liberadores, pero liberadores de la verdadera liberación, los que decía Pablo VI que ponen, a la base de su acción y de su prudencia, la doctrina de la Iglesia, el amor de Cristo y la libertad verdadera del pecado y de todo aquello que nos hace menos hombres.

Vida de la Iglesia

Esta Iglesia, hermanos, depositaria del tesoro de la redención, testigo fiel de Cristo resucitado, no es una Iglesia abstracta. Me gusta mucho pensar que la Iglesia, de la cual yo siempre les hablo, son ustedes, soy yo, somos la comunidad que ahora vive con sus aspiraciones y con sus defectos. Me da gusto pensar que la Iglesia que yo predico no es una Iglesia abstracta, por las nubes, sino una Iglesia que peregrina con los pies en la tierra, incluso que se lamenta de sus pecados y los llora, y trata de convertirse y de ser mejor. ¡Esta Iglesia actual es la que, en esta Semana Santa, ha vivido cosas muy bellas!

Por ejemplo, cuando el Papa, el Domingo de Ramos recién pasado, dice que no hay que abusar del poder². El Papa que, predicando el *viacrucis* en el Coliseo de Roma, invita a la solidaridad de la Iglesia con los mártires de nuestro tiempo³. Tenemos mártires, no los olvidemos. Son nuestros sacerdotes, nuestros catequistas, nuestros hombres de fe que, confundidos con acusaciones de subversivos y de políticos, los han matado, los han torturado. Solo Dios sabe la fe por la cual ellos dieron su vida. Respetemos y solidaricémonos, como el Papa nos indica,

² Cfr. *La Prensa Gráfica*, 9 de abril de 1979.

³ Cfr. Alocución de Juan Pablo II al terminar el *viacrucis* (13 de abril de 1979), *L'Osservatore Romano*, 22 de abril de 1979.

con una Iglesia que trata de ser fiel hasta el martirio, como Cristo, nuestro Señor.

Es la Iglesia que, en esta Semana Santa, ha encontrado tantas manifestaciones. Yo quiero felicitar y agradecer, desde la cátedra central de la diócesis, a todos los queridos sacerdotes, grupos de religiosos y religiosas, laicos y catequistas, jóvenes, estudiantes, universitarios que se han organizado en misiones para ir por pueblos y cantones; todos aquellos que han hecho posible una bella celebración de Semana Santa. También aquí, solo Dios puede medir cuánto fervor ha habido en esta Semana Santa. Yo sólo puedo medir un poquito la presencia de ustedes en la catedral, y les digo que ha sido para mí muy enriquecedora en mi fe. Pero yo he pensado, desde la catedral, en las muchedumbres de los pueblos que seguían sus imágenes y rezaban sus *viacrucis* y acompañaban las diversas manifestaciones de amor al Cristo que nos redime.

Así como, también, en esta Semana Santa, la Iglesia tiene que lamentar el secularismo de muchos para quienes la Semana Santa ya no dice nada más que comercio, vacación, descanso, que puede ser muy justo y no voy a condenar aquí a todos. Me refiero a los secularistas, es decir, a aquellos que dejan, como por desprecio, las cosas de la Iglesia; no aquellos que, por necesidad de descanso, por obligación de familia, han tenido que irse, pero que sus vacaciones han servido para reflexionar y aumentar su fe. A ellos los felicito también.

Quiero lamentar también los fanatismos de tradiciones opuestas a la pastoral actual de nuestra diócesis. Tengan mucho cuidado, comunidades cristianas. Hay gente empeñada en mantener tradiciones que no son ya legítimas tradiciones, porque se oponen a una Iglesia que quiere ser viva expresión de la redención de Cristo.

También quiero lamentar los abusos de aquellas innovaciones que son imprudentes y no tienen en cuenta los sentimientos legítimos de nuestro pueblo. Y peor todavía, si acaso los ha habido, a los que han querido utilizar las manifestaciones de fe de la Semana Santa para incrustar sus objetivos políticos o limitados. La Iglesia no es para eso; las procesiones no son para eso. La Iglesia tiene su lenguaje, lo hemos dicho, y hay que saberlo escuchar. Y si no se sabe, por lo menos respetarlo; pero no utilizarlo para otros fines, ni de izquierda ni de derecha. La Iglesia

no va con nadie más que con el Cristo y llama a todos a seguir a este verdadero Cristo.

De allí, la necesidad de una evaluación pastoral que mis queridos sacerdotes, sobre todo, a través del organismo pastoral, tienen que realizar después de la Semana Santa, para salvar todo lo bueno, la búsqueda sincera de las nuevas expresiones; así como depurarla también de todo lo malo, de las tradiciones ya ilegítimas y de todas las innovaciones que puedan perturbar el lenguaje de nuestra Iglesia. Ayúdenos. Los que están escuchando y saben que la Semana Santa de su pueblo, de su cantón, tuvo tal o cual deficiencia envíennos un reportaje para que sepamos analizar la Semana Santa de nuestra diócesis y le sepamos dar el verdadero sentido cristiano.

Quiero alegrarme porque en esta Semana Santa, a pesar de las ocupaciones litúrgicas, ha habido lugar para que la diócesis mantenga relaciones que le han dado nueva fortaleza. Por ejemplo, la visita de un congresista norteamericano, colaborador muy cordial en la defensa de los derechos humanos. Fue testigo presencial de la piratería que nos robó las ondas de nuestra emisora una vez. Se dio cuenta de lo bajo de ese sistema. Se dio cuenta de cómo lucha la Iglesia con fuerzas desiguales ante quienes la quieren callar y no tienen el valor suficiente de enfrentarse para desafiar sus razones. Yo lamento que nuestra emisora haya perdido algunos de sus mensajes para el pueblo. El pueblo es el que ha perecido⁴. La Iglesia creo que, al contrario, ha ganado con esas interferencias. Y yo les diría que tuvieran, más bien, razones para combatir y no actitudes tan desleales que en nada honran a quienes las usan, que son un abuso contra el derecho de la libre expresión.

Y quiero exhortar, por esto, a los queridos cristianos, lo que ya les dije una vez: puede llegar el tiempo en que no tengamos ni radio ni periódico, pero entonces contaremos con que cada católico sea lo que hemos dicho hoy: un testigo del Señor; y cada uno de ustedes tiene que ser un micrófono que suena, un periódico que se reparte. Cada voz de cristiano no debe tener miedo, sino anunciar. Sobre todo, cuando se le callan sus medios de comunicación social, los católicos tienen que ser los comunica-

⁴ Así se oye nítidamente en la reproducción magnetofónica de la homilía; aunque, por el contexto, quizá quiso decir: "El pueblo es el que ha *perdido*".

dores de la gran noticia. Nadie tiene derecho a guardársela solo, sino de darla para la salvación del mundo. Las amenazas de esas interferencias pueden ser señales de cosas peores. Quiera Dios que no, pero estemos preparados para saber ser testigos de nuestra verdad. Hoy mismo me dicen que no está pasando la radio desde las 8:15; para que vean, pues, que las interferencias continúan.

Pero este congresista, que pudo visitar también zonas marginadas de nuestra ciudad y darse cuenta de que la lucha de la Iglesia no es simplemente un desprestigio a la faz de la nación, sino una denuncia de la verdad, de lo que pasa en nuestro pueblo, llegó a decir esta frase que mucho me enorgullece: “Aunque vivimos en zonas tan lejanas —me dijo—, sepa que yo me voy a considerar un feligrés de este obispo que es usted”. Y es él, uno de los que promovieron en el parlamento, en el congreso de Norteamérica, la postulación al Premio Nobel en mi persona⁵.

También, con esta ocasión, yo quiero agradecer el testimonio de solidaridad que llegó también de parlamentarios belgas en apoyo de esa candidatura⁶. Lo mismo que ochocientos cristianos de cuarenta y tres diócesis de México solidarizándose con este deseo de los que buscan esta línea de la Iglesia; que yo repito, queridos hermanos, no es un honor personal el que yo veo en eso, sino un apoyo internacional a esta defensa de la Iglesia de nuestra arquidiócesis a los verdaderos valores humanos de nuestro pueblo.

Y así también he recibido, con gratitud inmensa, una carta de la Conferencia Episcopal de Holanda que me dice así: “Muy estimado hermano: Las noticias que nos han estado llegando desde ese país acerca de grandes dificultades que ustedes experimentan en el campo de la justicia social y la protección de los derechos humanos han causado profunda preocupación en el círculo de la Conferencia Episcopal y del pueblo católico de Holanda. Por otra parte, hemos oído gran alabanza con respecto

⁵ El señor Tom Harpin es uno de los veintitrés congresistas de Estados Unidos que, el 27 de enero de 1979, se sumaron a la postulación al premio Nobel de la Paz de monseñor Romero, que habían hecho ciento dieciocho parlamentarios del Reino Unido de Gran Bretaña en noviembre de 1978. *Cfr. Orientación*, 4 de febrero de 1979.

⁶ *Cfr.* Carta de Jules Pollé, presidente de *Entraide et Fraternité* (Bruselas), *Orientación*, 8 de abril de 1979.

a la valentía y la actividad auténticamente pastoral con que usted mismo, como pastor de esa Iglesia, está respondiendo a este desafío realmente tan triste. Lo creemos nuestro deber y, a la vez, una muestra de nuestro sentimiento de fraternidad, ofrecerle por la presente carta nuestro apoyo a sus labores pastorales en bien de los más pobres, abandonados e injustamente tratados, entre los feligreses de esa grey. Está usted convencido de nuestra fraternidad, nuestras oraciones, nuestro apoyo moral y también un apoyo material si es que, en este sentido, ustedes estuvieran en alguna necesidad urgente. No existe entre nosotros ninguna duda de que usted podrá tomar las medidas y la actitud más sabia y conveniente en la situación penosa en que usted se encuentra. Reciba nuestros saludos más fraternales y nuestra oración por la bendición del Señor. Por la Conferencia Episcopal de Holanda, el cardenal Juan Willebrands”⁷.

También, en esta Semana Santa ha llegado, junto con el consuelo que Cristo nos da de su pasión, el apoyo de veinte mil quinientas setenta y dos cartas firmadas por cristianos europeos que se titulan: “Por la abolición de las torturas”⁷. Entre ellas, firman también cartas el arzobispo auxiliar de Avignon, el obispo auxiliar de París, el obispo de Ajaccio*.

La Iglesia concreta que hoy celebra la resurrección del Señor es la del episcopado centroamericano que tiene un organismo llamado SEDAC, Secretariado Episcopal de América Central, SEDAC, que va a celebrar su reunión anual esta semana de Pascua, en Costa Rica. De modo que tendré el gusto de relacionarme con muchos hermanos de la jerarquía de América Central. Les voy a pedir una oración especial para que esta reunión redunde en bien de nuestras diversas Iglesias centroamericanas.

Hechos de la semana

Esta Iglesia es la que urge de nuevo la revisión de las leyes laborales del país, para que los casos que quedan ambiguos, como la de ADOC, donde se lamentan atropellos y muertes, se

⁷ Se trata de una carta de Acción de Cristianos por la Abolición de la Tortura (ACAT), respaldada por monseñor Raymond Bouchex, arzobispo de Avignon, monseñor Daniel Pezeril, obispo auxiliar de París y monseñor Jean Charles Thomas, obispo de Ajaccio. *Cfr. Orientación*, 8 de abril de 1979.

definan de una manera que favorezca los intereses de todos aquellos que se relacionan con el mundo del trabajo, tanto la parte laboral como la parte patronal⁸.

Amnistía Internacional ha pedido a la ONU una pronta intervención del Consejo de Seguridad para detener las matanzas políticas en el mundo. Y entre los países mencionados, tristemente, se mencionó también a El Salvador.

Quiero lamentar también, como cristiano y humano, ese crimen que todos los días oímos por radio y vemos en la prensa. En Irán, diariamente ajusticiados, de los políticos caídos. Y en Nicaragua también, la Semana Santa marcó un ascenso en la violencia. Desde la resurrección de Cristo, elevemos nuestra plegaria de esperanza, para que los hombres nos entendamos sin mancharnos tanto de sangre.

Desde la resurrección de Cristo, que es fiesta de libertad, yo vuelvo a gritar con la Iglesia y con tantas familias que sufren: que se dé un informe sobre los ciento dieciocho desaparecidos, hermanos nuestros de El Salvador. Yo quiero gritar también, desde la resurrección del Señor, por la libertad de los dos secuestrados ingleses⁹. Si todavía viven, yo espero que sí, que se les dé lo que Cristo vino a comprarnos con tanto dolor: la libertad de los hombres.

Los casos que me llegaron en una bonita carta de Arcatao, una lista de atropellos auténticos, siento no poder darla a conocer porque la entregué al congresista norteamericano; y suplico a quien me la mandó que, por favor, me la repita.

Pero queda esto, queridos hermanos, que la resurrección de Cristo es el sello y la clave de la alianza de Dios con los hombres. Si Cristo ha resucitado, el Padre, que tanto me ama en Cristo, me ama y me seguirá protegiendo. Y nuestro pueblo, que ha puesto en Cristo su esperanza, no puede quedar fallido. Que esta resurrección en medio de un ambiente de sangre, de dolor, de incomprensión, de odios, de violencias, no nos haga pesimistas; sino, al contrario, si es necesario, como Cristo en la cruz, sentir la soledad: “¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?”. Cristo no perdió nunca su amor al Padre y su con-

Mc 15, 34

⁸ Cfr. *La Crónica del Pueblo*, 9 de abril de 1979.

⁹ Ian Cameron Massie y Michael Chatterton, gerente y subgerente del Banco de Londres y América del Sur, secuestrados el 30 de noviembre de 1978.

fianza en el Padre. La hora no era llegada todavía, pero tres días después de su muerte, de aquel aparente abandono de Dios, Dios ha respondido mucho mejor que si lo hubiera librado de la cruz o no lo hubiera dejado llegar a la muerte; mucho mejor que si no hubiera sufrido; Cristo es más glorioso cuando ha asumido en el triunfo de su resurrección todos los dolores de su vida.

Y así será también nuestra glorificación. Si nosotros sabemos ir asumiendo, ir incorporando todas las pruebas y dolores de la vida a la esperanza de nuestra resurrección, la resurrección vendrá. No solo para nosotros en particular, sino para la querida patria, como nación, vendrá también la resurrección. Aleluya, hermanos*.